

cen al primitivo polvo, y unidos vuelven á hallarse por fin, más allá de los límites del sepulcro.

Todos los pueblos de la tierra han rodeado el matrimonio de solemnidades más ó ménos fastuosas, de ceremonias más ó ménos imponentes. La sencillez cristiana contrasta de una manera admirable con la prolijidad de las fórmulas gentílicas y paganas, que más hablan á los sentidos que al espíritu, que más se referian á la vida material que á la existencia íntima de los dos seres que se unian.

Una demostracion sensible de mútua adhesion y unas palabras del sacerdote producen, entre nosotros, el vínculo que sólo la muerte es capaz de disolver.

Nuestros augures son los sacerdotes que imploran la bendicion del cielo. Nuestro epitalamio, es un salmo tiernísimo en que se pinta á la mujer como vid fecunda en los costados de la casa; á los hijos como renuevos de olivo al rededor de la mesa, y al hombre bendecido por Dios viendo á sus nietos en medio de la paz más dulce y de la dicha más santa. El tipo de la desposada leal, como el de la doncella pudorosa, no ha de buscarse en las leyendas de la Grecia ó de Roma: hemos de buscarlo y adorarlo en María, madre de los afectos puros y de los amores castos.

“Yo tardo mucho tiempo en pintar; pero tambien pinto para mucho tiempo;” decía un célebre artista de la antigüedad á los que lo tachaban de lento y de prolijo en la terminacion de sus cuadros.

El matrimonio es un cuadro que no hab de poderse nunca retocar ni restaurar: pintémoslo bien desde un principio; y para lograrlo, meditemos en el dicho sentencioso del célebre artista de la antigüedad.

El amor nace de una impresion; pero el matrimonio debe nacer del amor.

Y debe nacer del amor, no como el vinagre del vino, segun la expresion de Byron, sino como la flor del capullo; como el néctar de la flor.

El primer grado del amor más tibio es el que sigue al último grado de la amistad más estrecha: el último grado del amor más entrañable toca ya en el umbral del matrimonio.

El matrimonio debe ser la continuacion indefinida de ese grado.

La felicidad de toda la vida bien merece el detenimiento y la prolijidad que empleaba el pintor sobre sus cuadros.

Dicen que el amor debe ser de tal manera

ciego, que no advierta los defectos de la persona en quien se emplea.

Esta máxima es inadmisibile. En ella se confunde el amor con el letargo del alma ocasionada por una pasión violenta.

La pasión violenta no puede ser nunca buena consejera.

Los matrimonios que de ella brotan no suelen contar por años, ni quizá por meses, la duración de su dicha.

Nihil violentum manet.

Quien no vea al Manzanares sino en día de avenida, apenas podrá concebir que sea sólo en los tiempos normales un miserable aprendiz de río.

En los matrimonios que hace exclusivamente el corazón, aprovechando un sueño de la cabeza, es muy de temer la hora en que ésta se despierte.

Quando proceden en perfecto acuerdo la cabeza y el corazón, puede darse por asegurada la reciprocidad inalterable de los enamorados.

El matrimonio no es más que esa reciprocidad inalterable jurada en nombre de Dios.

A veces se oponen muy graves obstáculos á la armonía entre los dos grandes centros de nuestra vitalidad; como dice Bossuet, el corazón tiene razones que la razón no conoce.

Pero hé ahí el secreto. Si es inevitable la lucha, é inevitables son por tanto la victo-

ria y el rendimiento, que venzan: para amar, el corazón del hombre y la cabeza de la mujer; para llegar á los altares, el corazón de la mujer y la cabeza del hombre.

Porque el hombre con el corazón ama, y ama de ordinario la belleza, los encantos personales: pero con la inteligencia comprende y admira aquello mismo que ama; con más la belleza del alma, los encantos imperecederos de la virtud.

De una mujer hermosa, puede sentirse hastío; de una mujer buena, jamás se siente el cansancio. *Nihil, oh Cyrene, suavius uxorē bona.*

Al lado de una mujer buena, las penas del hombre se reducen á la mitad, y los placeres se duplican.

El tiempo, que, según Mad. Stäel, debilita los afectos torpes, vigoriza y renueva los legítimos.

Cuéntase de un filósofo que preguntado un día por cierto amigo si habia hallado la felicidad en el matrimonio: "sí," respondió: porque no siento sino hácia mi mujer el amor que ántes habia sentido hácia todo su sexo."

Para hacer juego con esta profunda respuesta, sólo recordamos la siguiente máxima: "La mujer se debe toda á la felicidad de un sólo hombre."

Tenemos el sentimiento de anunciar que esta máxima no pertenece á ninguna mujer: es de un escritor, que ignoramos en este instante si fué casado.

Sucede con frecuencia que el corazon de la mujer es santuario donde recibe culto un ídolo de barro.

Pero tambien hay ocasiones en que el corazon y la cabeza del hombre cometen idolatrías por extremo repugnantes.

Se ha comparado á una rosa el corazon de la mujer; mas ¡ay! que á veces cada amante se lleva una hoja, y quedan sólo para el marido el tallo y las espinas.

El aborrecimiento de la mujer hácia el marido es una desgracia que apenas se concibe; pero si existe, debe creerse asociada con otra no ménos horrible: ese aborrecimiento puede considerarse el revés de un tapiz; en el haz está el amor criminal hácia un tercero.

Ese amor criminal hácia un tercero fué castigado con horribles penas en la sociedad antigua; tambien tiene pena señalada en los códigos modernos; pero los hombres de la actual sociedad suelen castigarlo con la pena de.....¡el ridículo sobre el marido agraviado!

Tal vez uno de esos maridos escribiría ó inspiraría cierta décima que leímos, no sabemos dónde ni cuándo, y que si nuestra memoria no es infiel, decia así:

“La fé pura de un mortal
quiso el cielo descubrir:
sus hijos hizo morir;
aniquiló su caudal;
de la amargura fatal
le dió la copa á beber;
la nube del padecer
descargó en su frente mística;
mas para colmo de angustia,
le conservó á su mujer.”

Infinidad de décimas mejores que la que antecede pudiéramos reproducir en apoyo de la opinion contraria; pero tenemos por excusado ese trabajo, que á nada conduciría sino á patentizar la inconsecuencia y veleidades de los hombres.

IV.

Habiendo talento, honradez y corazon, los malos matrimonios deben llegar á ser la excepción de la regla.

Porque del talento, la honradez y el corazon brotan, como plantas lozanas á orillas de un manantial puro, el amor, la confianza y la tolerancia.

El amor identifica las almas; la confianza es la base del amor: la tolerancia lo alimenta y lo conserva.

No se realiza la perfectibilidad humana: todos erramos; tal es nuestra condicion.

La intolerancia de ciertos hombres es un vicio que nace de la soberbia, se disfraza con el rigorismo, y acompaña casi siempre á la estupidez.

Los que no perdonan á su mujer una mirada, quizá inocente, se permiten á sí mismos licencias quizá criminales.

Los que espían á su mujer en los actos más sencillos, hasta en sus pensamientos, si les es posible, ofrecen muy lastimosa idea de sus actos propios y de sus íntimos pensamientos.

El marido y la mujer deben ser los mejores amigos del mundo.

De dos extremos debe huirse en esa amistad modelo: del empleo de formas que no dicen bien al cariño conyugal, y del abandono completo de las formas.

No nos agrada (tal vez tenga la culpa nuestro sexo) un marido que desempeña constantemente el papel de galán de su mujer; pero nos gusta ménos el *sans façon* de un marido que se conduce ante su mujer como si viviera sólo.

Hay otra raza de maridos altaneros que tienen siempre en la boca la voz de mando: esta especie de maridos-señores suele domesticarse mal de su grado, y entónces su apostura es más ridícula.

Hállanse también maridos que vienen á ser una doncella más de su mujer; el tipo del marido *casero* abunda en algunas provincias, y es seguramente el más curioso y notable.

El tipo del marido que maltrata á su mujer no es tipo; es la degradacion de la especie; está fuera de la ley, como están los malhechores.

Si los hombres y las mujeres fuesen la mitad de egoístas de lo que parecen, jamás se turbaría la paz de los matrimonios.

El verdadero egoísta no se molesta jamás sin resultado; y las contiendas matrimoniales á ningun resultado pueden conducir, salvo el de la molestia.

Las contiendas matrimoniales, como las contiendas de los enamorados, suelen no tener otro origen que el deseo de hacer las paces.

Dice un proverbio, "que contra la arrogancia de la mujer, la sangre fría del hombre."

Ese proverbio ha sufrido sin duda alteraciones en el trascurso del tiempo; en un principio diría probablemente: contra la arrogancia de un hombre altivo, la bondad de una mujer bella.

De esta manera, lo comprendemos y lo aceptamos.

La mujer bella es un libro que consta de una sola página, y se examina con una sola mirada.

La mujer bella y buena es libro que consta de tantas páginas, que la vida entera no basta para hojearlo; ni el corazón para sentir las emociones que produce.

Con ella el matrimonio es una dicha tan pura siempre, y siempre tan nueva, como si cada día comenzara á percibirse.

Con ella es siempre dulce la esperanza del mañana.

Y como ha dicho Leroux con justicia, la desgracia de la felicidad es la saciedad; la felicidad de la desgracia es la esperanza.

V.

No basta que los casados se amen, es necesario que se estimen.

Esta idea parecerá redundante, pero está muy léjos de serlo.

El amor no depende de la estimacion; pero en muchas ocasiones la estimacion depende del amor.

El amor en los nécios, si es que los nécios pueden amar, origina con frecuencia los celos: la estimacion en nécios y en discretos engendra la confianza.

Y la confianza, ya lo hemos dicho, es la magnífica base en que descansa el verdadero amor.

Para que la confianza exista, es indispensable que se hallen interesados la cabeza y el corazón; cualquiera de estos dos elementos que predomine, puede ocasionar conflictos muy fatales.

Los celos en los amantes, son una debilidad: los celos en los casados, son un tormento.

Un marido celoso aparece á los ojos del mundo como el sér más ridículo de la tierra.

Y además, como el sér mas desgraciado.

Desgracia es, en efecto, hallar siempre más de lo que se busca; desgracia es sufrir y hacer sufrir al mismo tiempo; desgracia es luchar con dos ojos, pues no tienen más los celos, contra ciento que tiene el amor.

En último resultado, los celos no son sino el temor que abriga el hombre de que su compañera emplee para con otro la benevolencia misma que él desea y solicita quizá de otras mujeres casadas.

La benevolencia ajena que él solicita, le parece justa y natural; la benevolencia de casa que él vigila, le parece criminal y horrenda.

Para justicia, los hombres.

Y no se diga que el honor de la mujer es más cristalino, más ténue, más deleznable que el del hombre.

Ese es un subterfugio que nosotros hemos

inventado para absolvernos con una mano, y castigar con la otra á las mujeres.

Ya se vé, como nosotros hemos hecho las leyes, y en materias de honor sacamos siempre las modas, no es mucho que hayamos dispuesto las cosas de esa suerte.

La razon, la verdad y el buen sentido no prescriben por fortuna.

Y la razon, la verdad y el buen sentido dicen que el honor no tiene sexo.

El juramento de fidelidad que se presta en los altares, no lo toma el hombre á la mujer; á uno y á otro lo toma Dios juntamente.

Las infracciones del hombre, del sexo fuerte é ilustrado, son á lo más calaveradas: las infracciones de la mujer, del sexo débil é ineducado, son á lo ménos delitos.

Es decir, que el honor de los cónyuges se reconcentra sólo en el marido para todo lo que no sea perder el propio.

Es muy original nuestra jurisprudencia práctica en este punto.

Un marido se considera deshonrado por el ménor desliz de su mujer; pero téngase en cuenta que la parte de honra que pierde no es suya; pertenece á la honra de su mujer, que él tiene como en depósito.

Los deslices del hombre casado no le deshonran: así está escrito en el código del honor. Este código no debe ser obra de solteros.

La mujer perdona las infidelidades; pero no las olvida. El hombre olvida las infidelidades; pero no las perdona.

El camino de la infidelidad conduce de ordinario al término del aborrecimiento.

Los esposos que no se aman, se aborrecen.

Un matrimonio que se aborrece es la imagen más aproximada del infierno.

El remedio heróico de la separacion, digno recurso de la actual sociedad, imprime de una vez el sello de la mútua desventura.

Los esposos que se separan son, en concepto de Francklin, como dos hojas sueltas de unas tijeras, que para nada sirven, que ninguna aplicacion pueden tener.

Al disgregarse dos corazones bien unidos sucede con frecuencia que no se separan, sino que se desgarran.

El matrimonio de tal manera identifica las condiciones, que, semejante á la fuerza de gravedad que existe en el cuerpo físico y en cada una de sus moléculas, se apodera de los individuos, y, unidos ó separados, los acompaña hasta más allá de la tumba.

Es poca cosa el hombre para separar á los que Dios ha unido.

El hombre que abandona á una mujer digna, es un mónstruo; la mujer que abandona á un hombre con quien *la casaron*, ó de quien recibe graves ofensas, es una mujer.

La mujer abandonada injustamente quisiera cambiar en odio su amor; pero no puede.

Querer olvidar á una persona es amarla más. No hay nada más bello que acordarse del que olvida.

La melancolía, que es el veneno lento del espíritu, es un veneno tan dulce, que vivifica matando.

La inconstancia y el cariño, según la sentencia de un filósofo, son incompatibles. Marido que cambia, no cambia realmente: acaba de amar, ó comienza á amar.

Este accidente es frecuentísimo en los matrimonios que hace sólo el corazón: en aquellos en que el hombre busca á su compañera con los ojos y no con los oídos.

Pitágoras aconseja á las mujeres que usen de sus gracias con tal tino, que siempre tengan una por descubrir.

No ha podido escribirse un sarcasmo más sangriento contra la constancia de los hombres.

Y sin embargo, los hombres tenemos el derecho de fallar acerca del honor de las mujeres. Y la sociedad nos da hasta el derecho de declararlas indignas de nuestro nombre y de nuestra compañía.

Una mujer virtuosa abandonada, es un libro de donde pueden sacarse consideraciones muy profundas y documentos de inapreciable valor.

En ese libro hallamos consignada esta verdad:

“El hombre casi siempre es injusto.”

En ese mismo libro hallarán otros consignada esta verdad:

“La mujer es casi siempre incorrejible.”

Pero á esta última verdad puede añadirse una cláusula:

“Merced á los ejemplos que recibe.”

Los celos de la mujer proceden ordinariamente del despecho. VI. del hombre son hijos del egoísmo.

La infidelidad que se disfraza con los halagos, es perniciosa.

Resúmen.
El matrimonio es el acto más trascendental de la vida, y por consiguiente el que menos se medita.

El amor ilustrado es la única puerta que da paso al matrimonio.

El amor interesado no es amor: los matrimonios que origina, más bien que matrimonios son *negocios*.

En el fruto mismo de semejantes uniones parece como que se representan la ruindad y la miseria de su origen. Es observacion de un sábio: casi todos los hijos del cálculo son raquíticos y escrofulosos.

De cada diez matrimonios en que llega á establecerse la armonía feliz que constituye el encanto de la vida, nueve deben este resul-

tado á la *casualidad*. Esos diez que describimos suponen noventa que no son tan afortunados.

Es un error *buscar* á la mujer que ha de ser propia: esta debe *encontrarse*.

El orgullo del amor es una de las pocas especies de orgullo noble que existen sobre la tierra.

Ese orgullo es el mayor obstáculo contra los celos.

Los celos de la mujer proceden ordinariamente del despecho: los del hombre son hijos del egoísmo.

La infidelidad que se disfraza con los halagos, es perfidia; supone malicia *de dentro*; declara que se han pervertido la cabeza y el corazón.

El divorcio es el recurso heroico de las almas pequeñas.

CAPITULO SETIMO.

LA MATERNIDAD.

Recordais por ventura los años de vuestra infancia?

Recordais aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejábais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

Recordais la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles é imprimía sin ruborizarse sus labios en vuestra frente candorosa?

Recordais cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?